

Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Marín (eds.), *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile. Ayer, 79 (2010)*; y Javier Muñoz Soro (presentación), *Los intelectuales en la Transición. Ayer, 81 (2011)*.

La revista *Ayer*, editada en España por la Asociación de Historia Contemporánea, ha publicado recientemente dos números dedicados a la historia de la transición española. El tema viene suscitando, como se sabe, un debate historiográfico sobre sus protagonistas y factores coadyuvantes que parece haberse revitalizado en la última década,¹ lo que ha atraído a un buen número de especialistas y dado como resultado novedades importantes entre las que no faltan las relativas a la historia cultural y de las ideas; y en particular las que tienen que ver con las llamadas contraculturas surgidas a finales de los años setenta. El número 81 de *Ayer* incluye, por ejemplo, un interesante artículo del profesor Jordi García Mir sobre el pensamiento radical, contracultural y libertario en los años de la transición,² que ha de servirnos para aproximarnos al tema y a sus novedades en la presente reseña.

No es la primera vez que *Ayer* dedica su atención a la transición española. Ya lo hizo en los años noventa.³ Entonces, conforme a los análisis del momento, lo que los editores llevaron a las páginas de esta publicación fueron los estudios que privilegiaban los análisis sobre las decisiones y el papel jugado por las instituciones y estructuras políticas; en particular, el problema de cómo el proceso de transición española se habría fundamentado y saldado mediante un acuerdo entre élites, las cuáles habrían cedido en sus principios programáticos para dar lugar a una política de *consenso*, lo que habría dado como resultado, a su vez, un modelo de cambio político que ha sido objeto de aclamación y abundantes comparaciones internacionales.⁴ No había por aquel entonces un revisionismo sobre el tema, digno de tenerse en cuenta, que dijera otra cosa, y el citado número de *Ayer* no lo recoge. Las cosas cambian, como veremos, en los números objeto de la presente reseña.

La muerte del dictador Francisco Franco constituye un hecho fundamental en la historia contemporánea de España, y así se ha llegado a interpretar como el mismo inicio de la transición a la democracia. Sin embargo, no se entendería la complejidad del propio proceso de cambio entre los años 1975 y 1982 – éste último, año de las primeras elecciones generales a las que accede al poder un partido ilegalizado durante el franquismo – sin una serie de hechos y fenómenos determinantes que anteceden al citado año setenta y cinco, tales como, por ejemplo, el desarrollo progresivo de un amplio proyecto de oposición política *rupturista* que desembocó en la creación en 1974 de la llamada Junta Democrática. Estamos hablando también de factores como el peso de las crecientes reivindicaciones y conflictos políticos y sociales que acompañaron al

¹ Entre otros, Carmen Molinero (eds.), *La transición, treinta años después* (Barcelona: Península, 2006).

² Jordi Mir García, “Salir de los márgenes sin cambiar de ideas. Pensamiento radical, contracultural y libertario en la Transición española”, *Ayer*, 81 (2011): 83-108.

³ Manuel Redero (ed.), *La transición a la democracia en España. Ayer*, 15 (1994).

⁴ También el citado número 81 de *Ayer*, aun cuando está dedicado a los intelectuales, contiene comparaciones, especialmente con la dictadura de Pinochet, en Chile. Por su parte, el número 79 está prácticamente dedicado a la comparación de modelos de transición a la democracia entre ambos países.

resurgir del movimiento obrero y estudiantil en los sesenta y setenta, y que procedieron en cierto modo del auge económico que experimentó la sociedad española en las dos décadas previas a la muerte del dictador – fruto a su vez de las políticas desarrollistas que liberalizaron la economía española, aumentaron la capacidad adquisitiva de los ciudadanos y modernizaron sus prácticas de ocio y consumo.⁵ Tampoco se comprendería la transición sin la progresiva creación de un amplio estado de opinión favorable al cambio político democrático, una vez que se suprimió la censura previa en 1966 mediante de la conocida como “Ley Fraga”; ni por supuesto, sin entender que el propio régimen franquista llegaba a mediados de los setenta seriamente tocado por una crisis política que afectaba a las diferentes “familias” que ostentaban el poder. Éstas, como es sabido, se hallaban divididas entre un sector propiamente inmovilista y descabezado – puesto que el Almirante Carrero Blanco, sucesor de Franco en la presidencia del gobierno, había sido asesinado por ETA en 1973 –, y otro favorable a las reformas, el cual acabó dirigiendo el proceso de desmantelamiento del propio régimen capitaneado por Adolfo Suárez y la Unión de Centro Democrático.

Si bien la interpretación historiográfica sobre la transición española, dominante en los años ochenta y noventa, ya habían subrayado aspectos relativos a la sociedad o la economía en tanto factores explicativos del cambio, estudiados por economistas y sociólogos,⁶ ha sido en la última década cuando el examen de la transición se ha concentrado en los movimientos sociales y la sociedad civil, y en el desarrollismo industrial, político, cultural e intelectual previo a la muerte del dictador, dando paso con ello a la notable ampliación historiográfica del tema que poseemos en la actualidad.

En este último aspecto, el debate parece haberse centrado en delimitar el problema de si la presión social, la movilización y en definitiva la politización de la sociedad fueron o no factores determinantes para explicar el cambio; y junto a esto, en analizar la manera en que estos comportamientos previos a la transición se transformaron a lo largo de los años 1975-1982. Para ello ha sido clave descubrir el papel de los intelectuales como mediadores entre el poder y la sociedad, y la transformación de sus roles, desde la oficialidad del franquismo hasta el mediático papel que ocuparon en la transición. Del mismo modo, también ha sido fundamental observar cómo la relación entre el desarrollo de los partidos en la clandestinidad, y la opinión política y acción de la sociedad civil en general, estuvo marcada por la aparición de un cierto desencanto político tras los momentos decisivos y de alta politización de la sociedad española, como fueron la aprobación de la Constitución de 1978, las primeras elecciones democráticas en junio de 1977 o el referéndum para la reforma política que tuvo lugar siete meses antes. En este tránsito, los principales partidos de oposición – el PSOE y el PCE – fueron abandonando sus principios programáticos para poder pasar a la legalidad y participar en el desmantelamiento del estado franquista, y aceptaron la monarquía en la persona de Juan Carlos de Borbón, nombrado sucesor en la Jefatura del Estado por el mismo Francisco Franco, poniéndose con ello fin a la posibilidad de que la legalidad de la

⁵ José-Carlos Mainer y Santos Juliá (eds.), *El aprendizaje de la libertad 1973-1986: la cultura de la transición* (Madrid: Alianza, 2000).

⁶ Como también se observa en el primer monográfico de *Ayer*; vid. José María Serrano Sanz, “Crisis económica y transición política,” *Ayer*, 15 (1994): 135-164, y Santos Juliá, “Orígenes sociales de la democracia en España,” *Ibid.*, 165-188.

Segunda República española, último referente democrático de la historia de España antes del golpe de estado y de la guerra civil, fuese restituida tras la muerte del dictador.

Tal y como afirma Javier Muñoz Soro en la presentación del número 81, la historia intelectual del periodo se ha renovado en los últimos años aprovechando el reciente debate historiográfico sobre la transición y reflexionando precisamente desde una perspectiva de historia de las ideas que ha sido capaz, aprovechando nuevos y viejos conceptos de análisis social – “nuevas herramientas”, como las “redes de sociabilidad o los campos culturales”, u otras más tradicionales como el estudio de las “generaciones” –, de dar cabida a todas las expresiones y acciones colectivas que reflejan el horizonte mental de la sociedad del momento.⁷ Acompañando al auge de todo tipo de estudios culturales sobre el periodo, que en muchos casos se han centrado en expresiones culturales y artísticas ciertamente populares o mediáticas, la historia intelectual que Muñoz Soro nos presenta en *Ayer* quiere construir una historia cultural de la transición en la que los movimientos marginales, los pensamientos más radicales e incluso las formas de cultura que se desarrollan fuera del interés de la crítica y de los canales de difusión oficiales, esto es, la llamada “contracultura”, adquieran igualmente una relevancia específica para reconstruir esos proyectos de cambio y revolución cultural que han permanecido en el olvido. Con ello se evitaría una lectura a posteriori que tendiese a magnificar, como de hecho ya ha ocurrido, la capacidad del pacto entre aquellas élites que posibilitaron los cambios políticos; o incluso, que acabase por disminuir la significación de las acciones colectivas espontáneas en favor, ya sea de los movimientos sociales organizados, o de aquellas manifestaciones colectivas que deseaban un cambio político antes que una revolución cultural.

Esta renovada vocación de la historia intelectual tiene un punto de partida paralelo en la reciente revisión del fenómeno de cambio político que Pere Ysàs lleva a cabo en el número 79 de la misma revista.⁸ En este artículo, frente a la importancia que ha dado a los factores explicativos de tipo político-institucional una parte de la historiografía de la transición – la cual, en los últimos años, habría sido acusada interesadamente por parte de cierto revisionismo que defiende una visión negativa del propio proceso de cambio⁹–, el mencionado profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona concentra su atención en los actores sociales y políticos y en los espacios más allá de las instituciones, criticando diversos argumentos historicistas o *clichés* que redundan en el error de haber construido una imagen de la transición que habría olvidado el propio discurrir de los acontecimientos y sus condicionamientos propios según las circunstancias – en rápido y continuo cambio –, y que primaba de modo “teleológico” el resultado final, o bien las características políticas, sociales y culturales de partida.

En este mismo número, Santos Juliá,¹⁰ autor de uno de las pocas obras de la historiografía peninsular publicadas con el subtítulo de “la cultura de la transición”,¹¹ dedica un interesante ensayo bibliográfico a criticar y valorar los variados y numerosos intentos que se han dado en tiempos recientes de escribir una historia de la transición en

⁷ Javier Muñoz Soro, “Presentación,” *Ayer*, 81, (2011): 17-23.

⁸ Pere Ysàs, “La transición española. Luces y sombras,” *Ayer*, 79, (2010): 31-57.

⁹ Vid el análisis de Santos Juliá, “Cosas que de la transición se cuentan,” *Ibid.*, 297-319.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Ref. al trabajo de José-Carlos Mainer y Santos Juliá (eds.), *El aprendizaje de la libertad*.

– este caso “desde abajo” –, que se presenta como el antídoto a una supuesta “historia oficial” caracterizada, también supuestamente, por un sistemática desvirtuación del proceso de cambio. Según dichos ensayos, amnesia y olvido habrían sido los mayores signos de la infertilidad del cambio, lo que conecta sin duda con la agenda política de ciertos sectores que reivindican una nueva transición. De esos estudios que han resaltado la necesidad de explicar la historia de la transición “desde abajo” exclusivamente y que han sobrevolado la cronología transicional como una época de “erasure of memory”,¹² con la consecuente crítica a la supuesta “historia oficial”, destacarían aquellos textos provenientes de los departamentos universitarios dedicados a los *Cultural Studies* en los Estados Unidos o, como afirma el propio Santos Juliá, aquellos textos que se han movido “por la senda abierta por Vilarós”.

Como es sabido, Teresa Vilarós en su famosa crítica cultural a la transición española presenta uno de los textos supuestamente modelo para toda investigación que haya pretendido acercarse a las transformaciones de la cultura popular de esos años, la cual sufrió un claro proceso de despolitización y mercantilización, lo que es interpretado por dichos autores como un irrefutable símbolo del proceso de tránsito más amplio que España experimenta hacia una sociedad y modelo cultural consumista y post-industrial. Hay que tener en cuenta, que estos textos – Santos Juliá cita varios –¹³ en la mayor parte de los casos se han apoyado en el estudio de manifestaciones culturales de tipo popular, aprovechándose de la ausencia de trabajos historiográficos peninsulares al respecto, si bien la posibilidad y necesidad de plantear un análisis multi-causal – en absoluto reñido con la posibilidad de analizar el cambio “desde arriba” y “desde abajo” –, ya había sido al menos planteada como factor clave para la comprensión del cambio desde época temprana, y además no sólo en clave sociológica sino también por parte de algunos historiadores.¹⁴ Antes por tanto que negar la posibilidad de emprender estudios que expliquen la transición “desde abajo” – factor inseparable del estudio mismo de la transición –, Santos Juliá subraya más bien el desajuste de las aportaciones académicas que, en este caso concreto, han tratado de revisar o han utilizado, y en el camino han sobrevalorado, la significación de las manifestaciones culturales y sociales que podemos considerar que se encuentran “al margen”. De esta crítica negativa y ciertamente necesaria pasamos por tanto a la obligatoria revisión de las contraculturas, pensamiento radical y libertario desde la nueva óptica de la historia intelectual.

Ya hemos hecho referencia al número 81 de *Ayer*, y al interesante artículo de Jordi Mir García sobre contracultura, pensamiento radical y pensamiento liberal.

¹² Santos Juliá lo traduce como “borraduras de la memoria” (ref. *Ayer*, 79: 309), alusión al fenómeno del desencanto tratado por Teresa Vilarós, la cual interpreta la transición como una época de desmemoria de la sociedad, respecto al pasado franquista y la guerra civil, dentro del proceso de establecimiento de una sociedad capitalista y post-industrial. Vid. Teresa Vilarós, *El mono del desencanto: una crítica cultural a la Transición española* (Madrid: Siglo XXI, 1998).

¹³ Thierry Maurice, “La movida ou l’impossible mémoire du franquisme,” *Esprit*, 266-267 (agosto-septiembre de 2000): 103-118; Cristina Tango, *La transición y su doble. El rock y Radio Futura* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2006); y Alberto Medina Domínguez, *Exorcismos de la memoria. Políticas y poéticas de la melancolía en la España de la transición* (Madrid: Ediciones Libertarias, 2001).

¹⁴ Ysàs afirma que “la importancia de la presión desde abajo en el proceso de transición había sido ya señalada por José María Maravall” (ref. *Ayer*, 79, 2010: 41). De este sociólogo, *La política de la Transición* (Madrid: Taurus, 1984). Asimismo, Paul Preston, *El triunfo de la democracia, 1969-1982* (Madrid: Plaza & Janés, 1986).

Curiosamente, el punto de partida de este texto es el mismo que el que podemos encontrar en aquellos estudios culturales y revisionistas a los que nos referíamos más arriba: la constatación de una desatención por parte de la historiografía más consolidada hacia aquellas acciones colectivas, intelectuales o creativas que se alejan o escapan al análisis de los “grandes proyectos de transición”.¹⁵

El texto de Jordi Mir parte una perspectiva propia de la historia de la ideas. Según su interpretación la constatación de “dos espacios” privilegiados y ciertamente separados en el estudio de la historia intelectual del periodo – el “estatismo”, o estudio de la evolución del cambio a nivel político e institucional característico de la historiografía, y la realidad global de los años ochenta, despolitizada tras un periodo de grandes compromisos políticos o “reacción conservadora” que se inicia con la llegada al poder de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en Reino Unido y Estados Unidos – forzarían a los estudiosos a volver la vista sobre los márgenes. Se trataría de analizar crítica y consecuentemente la transformación y cambio en toda su amplitud, bajo la hipótesis de que, la transición, al igual que estuvo marcado por la existencia de proyectos de ruptura y continuidad en el terreno político – “grandes proyectos” –, también se caracterizó por la presencia de prácticas sociales que no se englobaban en esta dinámica, aunque desde un punto de vista teórico llegaran a plantear una idea de una “revolución cultural” que, de hecho, rompía con la moral y prácticas culturales franquistas y redundaba en el deterioro del propio régimen.

Aunque en el texto de Jordi Mir no se aprecia una delimitación entre pensamientos radicales, contracultura y pensamiento libertario, el autor parte del hecho de que estos elementos, considerados por la historiografía como “pequeños proyectos” – ideas que no llegaron a trascender a la opinión pública a diferencia de los “grandes proyectos de cambio” –, sí manifestaban o dejaban ver una parte de la mentalidad de ciertos sectores de la población politizados – aunque sea mediante el apoliticismo –, y cuyas expresiones literarias, fundamentalmente a través de publicaciones de corte “contracultural” o también de debate intelectual, debían completar el mapa de la historia intelectual del periodo; sobre todo, si tenemos en cuenta que (Jordi Mir maneja aquí a Gramsci),¹⁶ respondían igualmente a inquietudes colectivas que, en muchas ocasiones, iban más allá de las inquietudes individuales y formaban parte de un cierto debate propio de la historia de las ideas.

Llegados a este punto cabría matizar la propuesta del autor. De una amplia lista de publicaciones – todas ellas revistas – fundamentalmente tomadas del período de la transición, el profesor de la Universidad Pompeu i Fabra se sirve del análisis detallado de la actividad de cuatro de ellas: *Star* (1974-1980), *Ajoblanco* (1974-1979), *El viejo topo* (1976-1982) y *Mientas tanto* (1979). Este análisis tiene como objetivo el valorar un conjunto significativo de aportaciones, pensamientos y propuestas entre lo político y lo social que responderían a la existencia de “contraculturas, pensamientos radicales y

¹⁵ Jordi Mir utiliza la idea de Santos Juliá recogida en C. Molinero (ed.), *La transición treinta años después*, quien ha estudiado los diferentes proyectos de cambio político en la transición y su resultado final, tratando de construir una interpretación que tuviera en cuenta “los sujetos, la toma de decisiones, los diferentes tiempos del proceso” (Jordi Mir García, *Ayer*, 81: 87).

¹⁶ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 4 (México: Era, 1986): 150-151, citado en Jordi Mir García, *Ayer*, 81: 92.

libertarios” en España. Pero cabe preguntarse si cuando hablamos de contraculturas estamos hablando del debate intelectual que existió en esos años acerca del nacimiento y evolución de las expresiones contraculturales norteamericanas – las cuales habían sido propias del contexto de desencanto político y efervescencia cultural de los cincuenta y sobre todo los sesenta en los Estados Unidos – o si estamos dando por sentado que estos movimientos contraculturales son el debate mismo, tan sólo las ideas. La duda nos lleva a insistir una vez más en la necesidad de establecer mayores precisiones a la hora de definir los límites existentes entre estas tres nociones: “contracultura” – expresiones entre lo cultural y artístico como el cómic y la música al margen de la crítica y los canales de difusión “oficiales”, sea el museo, la universidad o las publicaciones oficiales –, “pensamiento libertario” – vinculado a propuestas políticas no *vehiculadas* en la acción de los partidos, como el ecologismo, el feminismo y el movimiento homosexual – y “pensamiento radical” – teorías y pensamientos políticos de corte intelectual inspiradas en el mismo sustrato de desencanto político de las contraculturas, tanto en los Estados Unidos como en España.

Se hace indispensable, sin duda, “seguir por la senda abierta por Mir” parafraseando lo dicho por Santos Juliá sobre el trabajo de Vilarós (*supra.*), si bien aquí proponemos una serie de matices que buscan precisamente esclarecer los límites prácticos para el estudio de contraculturas, pensamiento libertario y pensamiento radical. En un futuro, habrá que prestar atención a las expresiones y manifestaciones contraculturales propias y gestadas por colectivos e individuos en España y diferenciarlas del debate sobre la contracultura en un sentido más general. Sobre lo primero, la revista *Star*, una publicación volcada en mostrar al público español la contracultura internacional y apoyar las prácticas incipientes del mismo tipo en el suelo peninsular, constituye una fuente fundamental. La propia colección de libros que la revista editó y que el profesor Mir referencia en su artículo cuenta con la primera recopilación de *cómic contracultural* español hecha por españoles: *El Rrollo*.¹⁷ Este grupo es prácticamente el único caso de movimiento contracultural constituido como tal y que llegó a extenderse desde el cómic a la música y al diseño, publicando un considerable volumen de material audiovisual consagrado a la misión de transformar la contracultura española en un movimiento generacional.¹⁸

Por otro lado, el debate intelectual sobre lo que había sido la contracultura – el propio autor hace observar cómo la labor de discusión intelectual sobre la contracultura era ciertamente anacrónica –¹⁹ ha de centrarse en el análisis de las características de génesis y evolución de este debate, como el propio artículo pone de manifiesto. *Ajoblanco* y *El viejo topo* encontrarían aquí toda su significación, debiéndose comparar su análisis y contribuciones con las traducciones que con anterioridad se habían hecho de dos obras internacionales de referencia acerca de qué era y qué significación tenía la

¹⁷ Este movimiento ya ha sido referenciado como el primer movimiento contracultural gestado en España en Pepe García Lloret, *Psicodelia, hippies y underground en España (1965-1980)* (Zaragoza: Zona de Obras, 2006), 40; y, en la obra también citada por Jordi Mir, de Pablo Dopico, *El cómic underground español 1970-1980* (Madrid: Cátedra, 2005), 48-66.

¹⁸ Jesús Ordovás, *De qué va el Rrollo* (Madrid: La Piqueta, 1977) es un primer recopilatorio documentado del desarrollo del movimiento. *Nos va la marcha* (guión de Manu Berástegui, 1978), documental con grabaciones de música en directo sobre el movimiento en su fase más musical.

¹⁹ En Jordi Mir García, *Ayer*, 81: 93-95, se explicita cómo los referentes intelectuales y políticos eran la escena de efervescencia social de los sesenta estadounidenses.

contracultura, así como las réplicas españolas a estas publicaciones en los siguientes años: *El nacimiento de una contracultura*, de Theodore Roszak, de corte intelectual; *La cultura underground*, de Mario Maffi, más documental y en dos volúmenes; y como réplicas literarias a estas traducciones en el ámbito español, *La revolución cultural*, de Luis Antonio de Villena, y *Filosofías del underground*, de Luis Racionero.²⁰

Por último, nos encontramos con el pensamiento radical, el cual podríamos definir como el sustrato filosófico de las contraculturas que está patente tanto en las prácticas mismas como sobre todo en el debate intelectual al respecto; y, especialmente, con el pensamiento libertario, que podría ser traducido por movimientos feministas, ecologistas y homosexuales. Ambos deben poseer una especificidad propia que, si bien puede partir de una lectura de *Mientas tanto* y otras publicaciones similares, no puede agotarse en la mera cronología formal del período transición.

Contraculturas, pensamiento radical y liberal, deberían en fin ser analizados como lo ha sido el propio periodo de cambio que se invita a leer y repensar en ambos monográficos aquí reseñados: contando con la evolución anterior del postfranquismo y con el posterior desarrollo de la democracia en los años ochenta. No parece baladí recordar que aquellos autores que han pretendido hacer historias culturales del periodo – hayan o no pecado de ir en contra de una “historia oficial” – y que han tratado temáticas cercanas a las aquí enunciadas, se han visto siempre forzados a usar unos límites cronológicos que ponen en entredicho las estrictas fronteras temporales del periodo de la transición.²¹

Álvaro Mateos Arévalo
Universidad Autónoma de Madrid. España
alvaroytalytal@hotmail.com

Fecha de recepción: 11 de noviembre de 2011

Fecha de aceptación: 14 de noviembre de 2011

Publicado: 31 de diciembre de 2011.

Para citar: Álvaro Mateos Arévalo, “Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Marín (eds.), *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile*. *Ayer*, 79 (2010); y Javier Muñoz Soro (presentación), *Los intelectuales en la Transición*. *Ayer*, 81 (2011)”, *Historiografías*, 2 (julio-diciembre, 2011): pp. 110-115, <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/2/1.pdf>

²⁰ Theodore Roszak, *El nacimiento de una contracultura* (Barcelona: Kairós, 1970). Mario Maffi, *La cultura underground*, 2 vols. (Barcelona: Anagrama, 1975). Luis Antonio de Villena, *La revolución cultural* (Barcelona: Planeta, 1975). Luis Racionero, *Filosofías del underground* (Barcelona: Anagrama, 1977).

²¹ Antonio Sánchez, *Postmodern Spain. A Cultural Analysis of 1980s-1990s Spanish Culture* (Oxford: Peter Lang, 2004); y Pérez Díaz Barrado, *La España democrática (1975-2000)* (Madrid: Síntesis, 2006) son buenos ejemplos.